

faceta— sustentada por la filosofía de la plenitud, que no es un sistema más, sino la filosofía normal del entendimiento humano. "Hay una profesión universal que es la del hombre", ha dicho Guyau. La Universidad debe otorgar este título profesional de hombre.

Frente a la actual situación universitaria, la Unión Nacional de Estudiantes Católicos del Perú será elemento coadyuvante y centinela de la recta aplicación del Estatuto. Contribuirá a llenar las fórmulas legales con el auténtico espíritu universitario que debe vivir debajo de la letra. La democracia, la comprensión y la tolerancia son los postulados del estudiantado católico en la convivencia universitaria. La Unión Nacional de Estudiantes Católicos estará siempre, decididamente, en el campo de la Verdad y la Justicia.

Punto capital del movimiento de universitarios católicos y al cual otorgamos preferente atención y sacrificados esfuerzos es el problema social.

La doctrina social de la Iglesia es la solución integral y única del problema. Los cristianos tenemos en nuestras manos la acertada solución. Por desgracia en nuestro ambiente son sumamente escasos los católicos que se dediquen, inflamados de caridad cristiana, al estudio, y sobre todo, a la aplicación de estas normas salvadoras. Los más frente al problema sólo tienen palabras de admiración, de simple elogio, por la doctrina y en actitud de suficiencia poco cristiana se contentan con remitir a ella a los que esperanzados o desesperados se acercan en busca de la solución adecuada.

Nuestra generación cristiana en su pensar, sentir y actuar, ha comprendido la trascendencia del problema que la Providencia ha depositado en sus manos.

La generación del 50 cree con el gran Tomás de Aquino que para llevar una vida moral, para desarrollarse en la vida de las virtudes, el hombre tiene necesidad de un cierto número de bienes y de seguridad social. El católico en cuanto hombre está en el devenir y siente las angustias y los desgarramientos de la época que vivimos. Sabe también que la misión del católico es afirmar e irradiar la verdad en todos los campos fluctuantes del devenir. Es por eso que nos hemos impuesto, como indeclinable deber el análisis del problema social en su más descarnada realidad, el estudio de la verdad católica en este terreno, y tiene el firme propósito de realizar la obra que se espera de nosotros: la aplicación por los cristianos del programa social de la Iglesia.

Tenemos fe profunda en los principios, la seguridad que proporciona el saberse poseedor de la verdad. Pero tampoco perseguimos la justicia social desvinculada o sobreponiéndola a la renovación espiritual y moral. Queremos y ansiamos el bien exterior no por el bien mismo sino para el mejor y más libre desarrollo del espíritu.

Por todo esto nuestra generación trae un mensaje nuevo, revolucionario, afirmativo. No desatendemos la cuestión social con el frío egoísmo del individualismo decadente ni coreamos la sola revolución de la materia como lo hacen los materialistas. Esta es en realidad una pseudo-revolución. Propugnamos cambios substanciales y no meras reformas superficiales.

Voceamos y sostenemos la verdadera e integral revolución que es revolución del espíritu y la materia. Podemos justamente llama-

marla revolución verdadera, la revolución integral.

Hemos preferido muchas veces, sin embargo, no tildarnos de revolucionarios, ya que de esta palabra se han adueñado los pseudo-revolucionarios y se ha convertido —bien lo dice Maritain— en el más confirmista de los lugares comunes. Nos interesa, más que nada, ser revolucionarios.

Las palabras Acción Social están inscritas en nuestras banderas desde que —hace apenas cuatro años— se plasmó el movimiento de los universitarios católicos. Se ha despertado entre la juventud inquietud por las cuestiones sociales despertando la inclinación sentimental hacia las clases desheredadas en cuanto a bienes materiales, se ha sentido que la actitud primaria es la del amor. Amando al pueblo nos preocupamos de conocerlo y confrontar sus necesidades. La solución surgirá por añadidura. Hemos hecho comprender a lo menos que no podíamos desconocer la realidad circundante, que el aislamiento candoroso o la ignorancia voluntaria era terror, egoísmo, traición a la misión histórica de nuestra generación.

El movimiento universitario católico en América ha cobrado vigor y conciencia de su papel como generación llamada a cumplir una

Si quiere suscribirse al
"Repertorio Americano"
diríjase a
F. W. FAXON C^o
Subscription Agents
83-91 Francis Str.
Back Bay
Boston, Mas. U. S. A.

misión histórica. Precisamente hoy en varios países de nuestro joven Continente juvenudes en masa comulgan con la misma fe y entusiasmo que los que en estos momentos nos solidarizan.

La misión de los católicos, lo ha dicho el Sumo Pontífice, es procurar que las relaciones interamericanas se realicen con "espíritu sinceramente cristiano", que busque la justicia anteponiendo la caridad.

Carlos FERNANDEZ SESSAREGO.

Universidad Mayor
de San Marcos de Lima, julio de 1946.

MITOS DEL VIEJO EGIPTO

Por Juan MARIN

(En el Rep. Amer.)

Al estudiar la mitología del Egipto faraónico es imposible no percibir las curiosas y extrañas analogías que hay entre los mitos de todos los pueblos antiguos. La capacidad mitogénica de la conciencia humana primitiva parece haber trabajado siguiendo aproximadamente las mismas reglas y ciñéndose a un curso casi siempre análogo y homólogo también. En varios de nuestros artículos hemos hecho notar, de paso, similitudes y aproximaciones muy cercanas existentes entre mitos y leyendas de China, India, América pre-colombina y el Egipto faraónico. Hace muy poco, nos encontramos en una de nuestras lecturas con la curiosa —aunque inhumana— práctica del sacrificio anual de una doncella, llamada "la Doncella del Nilo", al dios del magno río de Egipto para asegurar los beneficios de una buena crecida y una fructífera inundación. Esta leyenda ostenta las más extraordinarias semejanzas con aquella que hemos descrito en crónicas enviadas hace algunos años desde Centroamérica, sobre el sacrificio de una muchacha virgen en el "Pozo Sagrado" de Chichen-Itza durante el Imperio Maya. Es un rito que encontramos en todos aquellos países en los cuales la vida humana, con su ritmo agrícola y económico, depende del agua: tanto en el Egipto antiguo como en el Imperio Maya y como en ciertas regiones de China, la vida y por ende la civilización misma estaban condicionadas por la abundancia o la carencia del agua y en todas estas partes la clase dirigente, sea sacerdotal, autárquica o simplemente la élite filosófica, creó mitos de divinidades acuáticas para las cuales se inventaron también ritos semejantes y entre éstos, el del sacrificio de una virgen según ya hemos dicho.

Queremos hablar en esta crónica de otro mito faraónico que tiene las más extraordinarias analogías con uno descrito por nosotros

en nuestro reciente libro *Mesa de Mah-jong* (Editorial "Emecé", Buenos Aires). Se trata de un mito de aquellos llamados de "destrucción de la humanidad". En el *Libro de los Muertos* cuyo texto decora las paredes de muchas tumbas del Viejo Imperio egipcio, cuéntase que el gran dios Rá, sintiéndose viejo y débil y viendo al mismo tiempo que los hombres se tornaban cada vez más audaces y ambiciosos, aspirando acaso también a transformarse un día en dioses, decidió destruir a la humanidad. Pero no queriendo tomar esta grave determinación por sí solo, se presentó ante Nu, el "Padre de todos los dioses" y le pidió reunir un consejo de dioses para deliberar sobre su idea. La respuesta de los dioses fué afirmativa y Rá envió entonces a la diosa Hathor, acompañada por la diosa Sekhmet (diosa con cabeza de gata o de tigresa) para realizar el "baño de sangre" en el seno de la humanidad. Pero, en este caso, como en el de la leyenda china, los emisarios del dios han ido más lejos de lo que él ha querido y llega entonces un momento en que el dios desea poner atajo a la carnicería y calmar a las potencias destructoras que han salido fuera de control. El dios Rá, compadecido de la suerte de los hombres y arrepentido de su crimen, envía a Thot a buscar todas las plantas de mandrágora existentes sobre la Tierra y le pide hacer con ellas un elixir, el que mezcla o diluye en 7.000 fudres de sangre humana que corría en arroyos sobre la Tierra. Cuando la sádica y sedienta Sekhmet viene a beber aquella sangre, absorbe el zumo de la mandrágora y cae en profundo sueño. Con lo cual Rá evita la extinción total de la Humanidad que él mismo había decretado. Los hombres sobrevivientes le expresaron su arrepentimiento por los crímenes de orgullo desmedido y de ambiciones bastardas que habían alimentado y Rá deci-